



Edith Wharton

Xingú

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

XINGÚ

EDITH WHARTON

**PUBLICADO: 1916
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

I

La señora Ballinger es una de esas damas que persiguen la Cultura en manada, como si resultara peligroso enfrentarse a ella en solitario. Con ese fin había fundado el Club del Almuerzo, una asociación compuesta por ella misma y otras cuantas infatigables cazadoras de erudición. El Club del Almuerzo, tras tres o cuatro inviernos de almuerzos y debates, había adquirido tal distinción local que agasajar a visitantes ilustres se convirtió en una de sus funciones reconocidas; en virtud de lo cual extendió debidamente a la célebre «Osric Dane», el día de su llegada a Hillbridge, una invitación para asistir a la siguiente reunión.

La reunión tendría lugar en casa de la señora Ballinger. Las demás socias, a sus espaldas, eran unánimes en lamentar su resistencia a ceder sus derechos en favor de la señora Plinth, cuya casa ofrecía un marco más imponente para el recibimiento de celebridades; además, como observaba la señora Leveret, siempre cabía recurrir a la galería de cuadros.

La señora Plinth no hacía ningún secreto de compartir esta opinión. Siempre había considerado que entre sus obligaciones se contaba la de agasajar a las ilustres invitadas del Club del Almuerzo. La señora Plinth estaba casi tan orgullosa de sus obligaciones como de su galería de cuadros; de hecho, gustaba de insinuar que una cosa implicaba la otra, y que solo una mujer de su posición económica podía permitirse estar a la altura del canon que ella misma se había fijado. Un sentido del deber de carácter general, adaptable a fines diversos, era, en su opinión, todo lo que la Providencia exigía de quienes ocupaban posiciones más modestas; pero la misma potencia que había predestinado a la señora Plinth a mantener lacayos a todas luces tenía previsto que esta conservara también un cuerpo de responsabilidades igualmente especializado. Resultaba tanto más lamentable que la señora

Ballinger, cuyas obligaciones para con la sociedad no iban más allá del estrecho horizonte de dos doncellas de sala, se hubiera mostrado tan tenaz en su derecho a recibir a Osric Dane.

La cuestión de cómo recibir a dicha dama había conmocionado profundamente a las socias del Club del Almuerzo durante el último mes. No es que se sintieran a la altura de la tarea, sino que su conciencia de la oportunidad las sumía en la agradable incertidumbre de quien sopesa las alternativas de un guardarropa bien provisto. Si socias secundarias como la señora Leveret se sentían agitadas ante la perspectiva de intercambiar ideas con la autora de *Las alas de la muerte*, no perturbaba la seguridad consciente de la señora Plinth, la señora Ballinger y la señorita Van Vluyck ningún presentimiento similar. *Las alas de la muerte*, de hecho, había sido elegida, a propuesta de la señorita Van Vluyck, como tema de debate en la última reunión del club, y cada socia había tenido así ocasión de expresar su propia opinión o de apropiarse de cuanto pareciera más aprovechable de los comentarios ajenos. Solo la señora Roby se había abstenido de sacar partido de la oportunidad ofrecida; pero ya se reconocía abiertamente que, como socia del Club del Almuerzo, la señora Roby era un fracaso. «Todo viene», como decía la señorita Van Vluyck, «de aceptar a una mujer por recomendación de un hombre.» La señora Roby, que había regresado a Hillbridge tras una prolongada estancia en regiones exóticas —las demás socias ya no se molestaban en recordar cuáles—, había sido encarecidamente recomendada por el distinguido biólogo profesor Foreland como la mujer más agradable que había conocido; y las socias del Club del Almuerzo, intimidadas por un elogio que llevaba el peso de un diploma, y al suponer precipitadamente que las simpatías sociales del profesor seguirían la línea de su orientación científica, habían aprovechado la oportunidad de incorporar una socia con conocimientos de biología. El desengaño fue completo. Cuando la señorita Van Vluyck mencionó de pasada al pterodáctilo, la señora Roby murmuró confusa: «Es que sé tan poco de metros...» —y tras aquella dolorosa confesión de incompetencia se había retirado prudentemente de toda participación ulterior en los ejercicios mentales del club.

—Supongo que le dio coba —concluyó la señorita Van Vluyck—, o si no es la forma en que se peina.

El hecho de que el comedor de la señorita Van Vluyck restringiera el número de socias a seis hacía que la falta de conductividad de una de ellas

fuera un obstáculo serio para el intercambio de ideas, y ya se había expresado cierta extrañeza ante el hecho de que a la señora Roby le apeteciera vivir, por así decirlo, de la limosna intelectual de las demás. Este sentimiento se agudizó al descubrirse que no había leído aún *Las alas de la muerte*. Reconocía haber oído el nombre de Osric Dane; pero eso —increíble como parecía— era el límite de su conocimiento de la célebre novelista. Las damas no pudieron disimular su sorpresa, aunque la señora Ballinger, cuyo orgullo por el club la impulsaba a presentar a la señora Roby bajo la mejor luz posible, insinuó con delicadeza que, aunque no hubiera tenido tiempo de familiarizarse con *Las alas de la muerte*, al menos debía conocer su predecesor igualmente notable, *El instante supremo*.

La señora Roby frunció el entrecejo con esfuerzo concienzudo de memoria, resultado del cual fue que recordó que, ah, sí, había visto el libro en casa de su hermano, cuando estaba con él en Brasil, y hasta se lo había llevado para leerlo un día en una excursión en barca; pero habían acabado todos tirándose cosas unos a otros, y el libro cayó por la borda, así que nunca había tenido oportunidad...

La imagen evocada por esta anécdota no contribuyó al crédito de la señora Roby ante el club, y se produjo un silencio incómodo que rompió la señora Plinth con la observación: —Entiendo que, con todas sus ocupaciones, no encuentre usted mucho tiempo para leer; pero habría pensado que al menos podría haberse puesto al día con *Las alas de la muerte* antes de la llegada de Osric Dane.

La señora Roby tomó la reprimenda con buen humor. Había tenido intención, reconoció, de hojear el libro; pero estaba tan absorta en una novela de Trollope que...

—A Trollope no lo lee nadie ya —la interrumpió la señora Ballinger con impaciencia.

La señora Roby pareció afligida. —Yo acabo de empezar —confesó.

—¿Y le interesa? —preguntó la señora Plinth.

—Me divierte.

—La diversión —dijo la señora Plinth con aire sentencioso— es lo último que busco yo al elegir un libro.

—Desde luego, *Las alas de la muerte* no divierte —se aventuró a decir la señora Leveret, con ese aire suyo de dependiente complaciente que ofrece otras opciones si la primera no convence.

—¿Pretendía serlo? —inquirió la señora Plinth, que era aficionada a hacer preguntas que no permitía responder a nadie más que a ella misma—. En absoluto.

—En absoluto, eso era lo que iba a decir —se apresuró a confirmar la señora Leveret, guardando su opinión y sacando otra—. Pretendía... elevar.

La señorita Van Vluyck se ajustó los lentes como si fueran el bonete negro de la condena. —No acabo de ver —intervino— cómo puede decirse que un libro empapado del pesimismo más amargo eleva, por mucho que instruya.

—Quería decir, claro está, que instruye —dijo la señora Leveret, desconcertada por la inesperada distinción entre dos términos que había dado por sinónimos. El disfrute de la señora Leveret en el Club del Almuerzo se veía con frecuencia empañado por tales sorpresas; y al no conocer su propio valor para las demás socias como espejo de su autocomplacencia intelectual, a veces la asaltaba la duda de si era digna de participar en sus debates. Solo el hecho de tener una hermana aburrída que la consideraba inteligente la salvaba de un sentimiento de inferioridad sin remedio.

—¿Se casan al final? —interrumpió la señora Roby.

—¿Quiénes...? —exclamó el Club del Almuerzo al unísono.

—Pues la chica y el hombre. Es una novela, ¿no? Siempre pienso que eso es lo único que importa. Si los separan, se me estropea la cena.

La señora Plinth y la señora Ballinger intercambiaron miradas escandalizadas, y esta última dijo: —No le aconsejaría que leyera *Las alas de la muerte* con ese espíritu. Por mi parte, cuando hay tantos libros que hay que leer, me asombra que alguien encuentre tiempo para los que solo diviertan.

—Lo hermoso del caso —murmuró Laura Clyde— es precisamente eso: que nadie puede saber cómo termina *Las alas de la muerte*. Osric Dane, abrumada por el dread significado de su propio mensaje, lo ha velado misericordiosamente, quizá incluso para sí misma, como Apeles, al representar el sacrificio de Ifigenia, veló el rostro de Agamenón.

—¿Eso qué es? ¿Poesía? —susurró nerviosamente la señora Leveret a la señora Plinth, quien, rehusando una respuesta concreta, dijo fríamente: — Debería usted buscarlo. Yo siempre tengo por norma buscar las cosas. — En su tono se añadía: «aunque bien podría pedírselo al lacayo».

—Iba a decir —retomó la señorita Van Vluyck— que siempre cabrá preguntarse si un libro puede instruir sin elevar.

—Oh... —murmuró la señora Leveret, sintiéndose ya irremediabilmente perdida.

—No sé —dijo la señora Ballinger, que captó en el tono de la señorita Van Vluyck cierta tendencia a restar valor a la preciada distinción de recibir a Osric Dane—, no sé si esa pregunta puede plantearse seriamente respecto a un libro que ha despertado más atención entre la gente reflexiva que ninguna novela desde Robert Elsmere .

—Pero ¿no ven —exclamó Laura Clyde— que es justamente esa desesperanza oscura, esa maravillosa gama tonal de negro sobre negro, lo que lo convierte en un logro artístico tan extraordinario? Al leerlo me recordó tanto al *manière noire* del príncipe Ruperto... el libro está grabado al aguafuerte, no pintado, y sin embargo uno percibe los valores cromáticos con tal intensidad...

—¿Quién es? —susurró la señora Leveret a su vecina—. ¿Alguien a quien ha conocido en el extranjero?

—Lo admirable del libro —concedió la señora Ballinger— es que puede contemplarse desde tantos puntos de vista. Tengo entendido que el profesor Lupton lo coloca, como estudio del determinismo, a la altura de *Los datos de la ética* .

—Me han dicho que Osric Dane pasó diez años en estudios preparatorios antes de ponerse a escribirlo —dijo la señora Plinth—. Lo comprueba todo, lo verifica todo. Ha sido siempre mi principio, como ustedes saben. Nada me induciría ahora a dejar un libro sin terminar, precisamente porque puedo comprar todos los que quiera.

—¿Y qué opina usted de *Las alas de la muerte* ? —le preguntó la señora Roby de improviso.

Era el tipo de pregunta que podría calificarse de fuera de orden, y las damas se miraron entre sí como si quisieran desvincularse de semejante infracción de la disciplina. Todas sabían que no había nada que la señora Plinth detestara tanto como que le pidieran su opinión sobre un libro. Los libros estaban escritos para leerlos; si una los leía, ¿qué más podía exigirse? Que la interrogaran en detalle sobre el contenido de un volumen le parecía una afrenta tan grande como que la registraran en busca de encajes de contrabando en la aduana. El club había respetado siempre esta idiosincrasia de la señora Plinth. Las opiniones que esta tenía eran imponentes y sólidas: su mente, como su casa, estaba amueblada con «piezas» monumentales que no estaban pensadas para ser removidas de repente; y era una de las reglas no escritas del Club del Almuerzo que, en su propia parcela, se respetaran los hábitos de pensamiento de cada socia. La reunión concluyó, pues, con una impresión acentuada, por parte de las demás damas, de la total inadecuación de la señora Roby para ser una de ellas.

II

La señora Leveret había llegado aquel día memorable con antelación a casa de la señora Ballinger, con su volumen de Alusiones apropiadas en el bolsillo.

A la señora Leveret siempre le inquietaba llegar tarde al Club del Almuerzo: le gustaba recoger sus pensamientos y captar alguna indicación, a medida que se iban reuniendo las demás, sobre el giro que probablemente tomaría la conversación. Aquel día, sin embargo, se sentía completamente desorientada; ni siquiera el familiar contacto de Alusiones apropiadas, que se le clavaba al sentarse, lograba tranquilizarla. Era un tomito admirable, compilado para afrontar todas las emergencias sociales; de modo que, ya

fuera con ocasión de Aniversarios, alegres o fúnebres (tal era la clasificación), de Banquetes, sociales o municipales, o de Bautizos, anglicanos o disidentes, quien lo consultara nunca estaría en apuros para dar con una referencia pertinente. La señora Leveret, aunque durante años había recorrido devotamente sus páginas, lo valoraba más por el apoyo moral que por sus servicios prácticos; pues si bien en la intimidad de su cuarto disponía de un ejército de citas, estas invariablemente la abandonaban en el momento crítico, y la única frase que retenía — ¿Sacarás tú al leviatán con anzuelo? — era una que no había encontrado todavía ocasión de aplicar.

Aquel día sentía que ni el dominio completo del volumen habría bastado para garantizarle el aplomo; porque pensaba que, aunque de alguna manera milagrosa recordara alguna Alusión, solo conseguiría descubrir que Osric Dane usaba un libro distinto (la señora Leveret estaba convencida de que la gente de letras siempre los llevaba consigo), y por tanto no reconocería sus citas.

La sensación de la señora Leveret de estar a la deriva se intensificó al ver el salón de la señora Ballinger. A ojos distraídos, su aspecto era el de siempre; pero quien conociera la manera de la señora Ballinger de ordenar sus libros habría detectado al instante las huellas de una reciente perturbación. La parcela de la señora Ballinger, como socia del Club del Almuerzo, era el Libro del Día. Sobre ese tema, fuera cual fuese, desde una novela hasta un tratado de psicología experimental, estaba al día con seguridad y autoridad. Qué suerte corrían los libros del año pasado, o incluso los de la semana anterior; qué hacía con los «temas» que había profesado antes con igual autoridad: nadie lo había descubierto aún. Su mente era un hotel donde los hechos llegaban y se iban como huéspedes de paso, sin dejar dirección ni pagar con frecuencia el alojamiento. La señora Ballinger se ufanaba de estar «al día con el Pensamiento del Día», y su orgullo era que esa posición de vanguardia quedara reflejada en los libros de la mesita del salón. Aquellos volúmenes, renovados con frecuencia y casi siempre recién salidos de la imprenta, llevaban títulos que por lo general la señora Leveret desconocía, y que al hojearlos furtivamente le daban un desalentador atisbo de nuevos campos del saber que habría que recorrer a trote corto en pos de la señora Ballinger. Pero aquel día se había mezclado astutamente cierto número de volúmenes de aspecto más maduro con las primicias de la prensa: Karl Marx codease con el profesor Bergson, y las Confesiones de san Agustín

yacían junto al último trabajo sobre el «mendelismo»; de modo que hasta las percepciones alteradas de la señora Leveret resultaba claro que la señora Ballinger no tenía ni la menor idea de qué podría querer hablar Osric Dane, y que había tomado medidas para estar preparada para cualquier cosa. La señora Leveret se sintió como un pasajero en un transatlántico al que informan de que no hay peligro inmediato, aunque sería conveniente que se pusiera el salvavidas.

Fue un alivio que la llegada de la señorita Van Vluyck la sacara de aquellos presentimientos.

—Bueno, querida —preguntó la recién llegada a su anfitriona con desenvoltura—, ¿de qué temas vamos a hablar hoy?

La señora Ballinger estaba sustituyendo furtivamente un volumen de Wordsworth por un ejemplar de Verlaine. —No lo sé muy bien —dijo con cierto nerviosismo—. Quizá sea mejor dejarlo a las circunstancias.

—¿A las circunstancias? —dijo la señorita Van Vluyck con sequedad—. Supongo que eso significa que Laura Glyde tomará la palabra como de costumbre y nos inundará de literatura.

La filantropía y la estadística eran la parcela de la señorita Van Vluyck, y con razón resentía cualquier tendencia a desviar la atención de su invitada hacia otros temas.

La señora Plinth apareció en ese momento.

—¿Literatura? —protestó en tono de reconvención—. Pero esto es completamente inesperado. Tenía entendido que íbamos a hablar de la novela de Osric Dane.

La señora Ballinger hizo un gesto de contrariedad ante la distinción, pero la dejó pasar. —Difícilmente podemos hacerlo nuestro tema principal, al menos no de forma demasiado deliberada —sugirió—. Claro que podemos dejar que la conversación derive hacia ese lado; pero deberíamos tener algún otro tema como introducción, y eso es precisamente lo que quería consultar con ustedes. El caso es que sabemos tan poco de los gustos e intereses de Osric Dane que resulta difícil hacer ningún preparativo especial.

—Puede que sea difícil —dijo la señora Plinth con decisión—, pero es absolutamente necesario. Sé adónde conduce ese principio de dejarse llevar.

Como le dije a una de mis sobrinas el otro día, hay ciertas situaciones de urgencia para las que una dama siempre debe estar preparada. Es de muy mal gusto vestir colores cuando se va a dar el pésame, o un vestido del año pasado cuando corren rumores de que el marido de una anda mal en la bolsa; y lo mismo pasa con la conversación. Solo pido saber de antemano de qué va a hablarse; entonces me siento segura de poder decir lo que corresponde.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —asintió la señora Ballinger con ansiedad—; pero...

Y en ese instante, anunciada por la azotada doncella de sala, Osric Dane apareció en el umbral.

La señora Leveret contó después a su hermana que había sabido de un vistazo lo que se avecinaba. Vio que Osric Dane no iba a salirles a mitad de camino. Aquella distinguida personaje había entrado, en efecto, con un aire de obligada condescendencia nada apropiado para facilitar el amable ejercicio de la hospitalidad. Tenía el aspecto de quien va a ser fotografiada para una nueva edición de sus obras.

El deseo de propiciarse a una divinidad suele ser inversamente proporcional a la capacidad de respuesta de esta, y la sensación de desaliento que produjo la entrada de Osric Dane incrementó visiblemente el afán del Club del Almuerzo por complacerla. Cualquiera idea que pudiera quedar de que se considerara obligada con sus anfitrionas quedó disipada de inmediato por su actitud: como dijo después la señora Leveret a su hermana, tenía una manera de mirarte que te hacía sentir que algo iba mal con tu sombrero. Esta evidencia de grandeza causó una impresión tan inmediata en las damas que un escalofrío de reverencia recorrió la sala cuando la señora Roby, mientras su anfitriona conducía a la ilustre personaje al comedor, se volvió hacia las demás para susurrar: —¡Qué bruta es!

La hora en torno a la mesa no contribuyó a corregir ese veredicto. Osric Dane la dedicó a la silenciosa deglución del menú de la señora Ballinger, y las socias del club a emitir lugares comunes de tanteo que su invitada parecía engullir tan mecánicamente como los platos sucesivos del almuerzo.

El deplorable retraso de la señora Ballinger en fijar un tema había sumido al club en un desconcierto mental que fue en aumento al regresar al salón,

donde debía abrirse el debate propiamente dicho. Cada dama esperaba a que hablara la otra; y hubo un sobresalto general de decepción cuando la anfitriona abrió la conversación con la pregunta dolorosamente trivial: —¿Es esta su primera visita a Hillbridge?

Hasta la señora Leveret era consciente de que eso era un mal comienzo; y un vago impulso de rectificación llevó a la señorita Glyde a intercalar: —Es un lugar muy pequeño, desde luego.

La señora Plinth se irguió ofendida. —Tenemos mucha gente representativa —dijo en el tono de quien habla en nombre de su clase.

Osric Dane se volvió hacia ella con aire reflexivo. —¿A qué representan? —preguntó.

La aversión constitucional de la señora Plinth a que le hicieran preguntas se vio agudizada por su sensación de falta de preparación; y su mirada de reproche trasladó la pregunta a la señora Ballinger.

—Pues —dijo esta, mirando a su vez a las demás socias—, como comunidad, espero que no sea exagerado decir que representamos la cultura.

—El arte —intervino con entusiasmo la señorita Glyde.

—El arte y la literatura —enmendó la señora Ballinger.

—Y la sociología, confío —interrumpió con brusquedad la señorita Van Vluyck.

—Tenemos un nivel —dijo la señora Plinth, sintiéndose de pronto segura en la vasta extensión de una generalización; y la señora Leveret, pensando que en tan amplia afirmación habría sitio para más de una, cobró ánimos para murmurar—: Oh, desde luego; tenemos un nivel.

—El objetivo de nuestro pequeño club —continuó la señora Ballinger— es concentrar las tendencias más elevadas de Hillbridge, centralizar y enfocar su complejo esfuerzo intelectual.

Esto fue recibido como tan afortunado que las damas dejaron escapar un suspiro de alivio casi audible.

—Aspiramos —prosiguió la presidenta— a representar lo más elevado del arte, la literatura y la ética.

Osric Dane se volvió hacia ella. —¿Qué ética? —preguntó.

Un estremecimiento de aprensión recorrió la sala. Ninguna de las damas necesitaba preparación alguna para pronunciarse sobre una cuestión de moral; pero cuando se llamaba ética era diferente. El club, cuando acababa de consultar la Enciclopedia Británica, el Reader's Handbook o el Diccionario clásico de Smith, podía abordar cualquier tema con confianza; pero cuando la tomaban por sorpresa se le había conocido definir el agnosticismo como una herejía de la Iglesia primitiva y al profesor Froude como un distinguido histólogo; y socias menores como la señora Leveret seguían considerando en secreto la ética como algo vagamente pagano.

Incluso para la señora Ballinger, la pregunta de Osric Dane resultó desestabilizadora, y hubo un sentimiento general de gratitud cuando Laura Glyde se inclinó hacia delante para decir, con su acento más compasivo: —Tiene que disculparnos, Mrs. Dane, por no poder hablar ahora mismo de otra cosa que no sea Las alas de la muerte .

—Sí —dijo la señorita Van Vluyck, con una súbita resolución de llevar la guerra al campo enemigo—. Estamos tan ansiosas por conocer el propósito exacto que tuvo usted en mente al escribir su maravilloso libro.

—Comprobaré —interpuso la señora Plinth— que no somos lectoras superficiales.

—Estamos deseando escucharla —continuó la señorita Van Vluyck—, si la tendencia pesimista del libro es expresión de sus propias convicciones o...

—O simplemente —se apresuró a intercalar la señorita Clyde— un fondo sombrío pintado para hacer resaltar sus figuras con más viveza. ¿No es usted ante todo una artista plástica?

—Siempre he sostenido —intervino la señora Ballinger— que usted representa el método puramente objetivo...

Osric Dane se sirvió café con espíritu crítico. —¿Cómo define usted objetivo? —inquirió entonces.

Hubo una pausa agitada antes de que Laura Clyde murmurase intensamente: —Al leerla no definimos, sentimos.

Osric Dane sonrió. —El cerebelo —observó— no es infrecuentemente la sede de las emociones literarias. —Y tomó un segundo terrón de azúcar.

La picadura que vagamente se adivinaba en este comentario quedó casi neutralizada por la satisfacción de ser interpeladas en un lenguaje tan técnico.

—Ah, el cerebelo —dijo la señorita Van Vluyck con complacencia—. El club hizo un curso de psicología el invierno pasado.

—¿De qué psicología? —preguntó Osric Dane.

Se produjo una pausa angustiosa durante la cual cada socia del club lamentó en secreto la desalentadora ineficacia de las demás. Solo la señora Roby seguía apaciblemente dando sorbos a su chartreuse. Por fin la señora Ballinger dijo, intentando un tono elevado: —Bueno, en realidad, sabe usted, fue el año pasado cuando estudiamos psicología, y este invierno hemos estado tan absortas en...

Se interrumpió, tratando nerviosamente de recordar alguno de los debates del club; pero sus facultades parecían paralizadas por la mirada petrificante de Osric Dane. ¿En qué había estado absorto el club últimamente? La señora Ballinger, con el vago propósito de ganar tiempo, repitió despacio: —Hemos estado tan intensamente absortas en...

La señora Roby dejó su copa de licor y se acercó al grupo con una sonrisa.

—¿En el Xingú? —sugirió suavemente.

Un estremecimiento recorrió a las demás socias. Intercambiaron miradas confusas y luego, al unísono, volvieron hacia su inesperada salvadora una mirada de mezcla de alivio e interrogación. La expresión de cada una denotaba una fase distinta de la misma emoción. La señora Plinth fue la primera en componer sus facciones con aire de seguridad: tras un breve ajuste apresurado, su semblante casi insinuaba que era ella quien le había dado la palabra a la señora Ballinger.

—¡El Xingú, claro! —exclamó esta con su prontitud habitual, mientras la señorita Van Vluyck y Laura Clyde parecían sondear las profundidades de la memoria, y la señora Leveret, buscando nerviosamente las Alusiones

apropiadas , se sintió curiosamente reconfortada por la incómoda presión de su volumen contra su costado.

El cambio de semblante en Osric Dane no fue menos llamativo que el de sus anfitrionas. Ella también dejó la taza de café, pero con un gesto de franco fastidio: ella también lucía, por un breve instante, lo que la señora Roby describió después como la expresión de quien busca algo en la parte de atrás de su cabeza; y antes de que pudiera disimular aquellas señales momentáneas de flaqueza, la señora Roby, volviéndose hacia ella con una sonrisa deferente, le había dicho: — Y llevamos tanto tiempo esperando que hoy nos cuente exactamente qué piensa usted de él.

Osric Dane recibió el homenaje de la sonrisa como algo que le correspondía por derecho; pero la pregunta que la acompañaba la incomodó visiblemente, y sus observadoras comprendieron que no era rápida en cambiar la expresión del semblante. Era como si su rostro llevara tanto tiempo fijado en una expresión de superioridad incuestionada que los músculos se hubieran agarrotado y se negaran a obedecer sus órdenes.

— Xingú... — murmuró, como si tratara ella también de ganar tiempo.

La señora Roby continuó presionándola. — Sabiendo lo absorbente que es el tema, comprenderá cómo es que el club haya dejado todo lo demás de lado por el momento. Desde que empezamos con el Xingú, casi me atrevería a decir — no fuera por sus libros — que nada más nos parece digno de recuerdo.

Las severas facciones de Osric Dane se ensombrecieron antes que iluminarse con una sonrisa inquieta. — Me alegra saber que hay una excepción — dejó escapar entre labios apretados.

— Oh, desde luego — dijo la señora Roby con gentileza —; pero como usted nos ha dejado claro que, con toda naturalidad, no le apetece hablar de sus propias obras, de verdad no podemos dejarla escapar sin que nos cuente exactamente qué piensa del Xingú; sobre todo — añadió con una sonrisa persuasiva — cuando hay quienes dicen que uno de sus últimos libros estaba sencillamente impregnado de él.

Era un él , pues — la certeza se propagó como fuego por las mentes reseacas de las demás socias. En su ansia por obtener el menor indicio sobre el Xingú casi olvidaron el placer de asistir al desconcierto de Mrs. Dane.

Esta se ruborizó nerviosamente bajo el ataque directo de su antagonista. —¿Me permite preguntar —dijo con tono embarazado— a cuál de mis libros se refiere?

La señora Roby no vaciló. —Eso es precisamente lo que quiero que me diga usted; porque, aunque yo estaba presente, no llegué a participar.

—¿Presente en qué? —la interrumpió Mrs. Dane; y durante un instante las socias temblorosas del Club del Almuerzo pensaron que el paladín que la Providencia les había enviado había perdido un punto. Pero la señora Roby se explicó alegremente: —En el debate, naturalmente. Por eso estamos tan ansiosas por saber exactamente cómo se adentró usted en el Xingú.

Se produjo una pausa preñada de presagios, un silencio tan cargado de peligros incalculables que las socias contuvieron al unísono las palabras que tenían en los labios, como soldados que sueltan las armas para presenciar un combate singular entre sus jefes. Entonces Mrs. Dane expresó su temor más profundo al decir con sequedad: —Ah..., dice usted el Xingú, ¿verdad?

La señora Roby sonrió sin acobardarse. —Es un pelín pedante, ¿no? Personalmente, siempre omito el artículo; pero no sé cómo se sienten al respecto las demás socias.

Las demás socias parecían dispuestas a prescindir de aquella deferente apelación a su opinión, y la señora Roby, tras una rápida mirada al grupo, prosiguió: —Probablemente piensan, como yo, que nada importa realmente excepto la cosa misma: excepto el Xingú.

Osric Dane no pareció ocurrírsele ninguna respuesta inmediata, y la señora Ballinger cobró valor para decir: —Seguramente todo el mundo debe sentir eso respecto al Xingú.

La señora Plinth la apoyó con un pesado murmullo de asentimiento, y Laura Glyde exhaló emocionada: —He conocido casos en que ha cambiado una vida entera.

—A mí me ha hecho un bien inmenso —intercaló la señora Leveret, pareciéndole recordar que lo había tomado o leído el invierno anterior.

—Desde luego —admitió la señora Roby—, la dificultad está en que hay que dedicarle tanto tiempo. Es muy largo.

—No me imagino —dijo la señorita Van Vluyck con acritud— que haya que escatimar el tiempo dedicado a semejante asunto.

—Y profundo en algunos tramos —añadió la señora Roby—; (¡así que era un libro!) —Y no es fácil saltarse partes.

—Yo no me salto nada —dijo la señora Plinth dogmáticamente.

—Ah, es peligroso hacerlo en el Xingú. Desde el principio hay tramos que no se pueden. Hay que vadear sin más.

—No lo llamaría yo vadear —dijo la señora Ballinger con sarcasmo.

La señora Roby le lanzó una mirada de interés. —¿Ah..., a usted siempre le ha ido como pez en el agua?

La señora Ballinger vaciló. —Claro que hay pasajes difíciles —concedió con modestia.

—Sí; algunos no están nada claros..., incluso —añadió la señora Roby— para quien conoce el original.

—¿Como supongo que es su caso? —interrumpió Osric Dane de repente, fijándola con una mirada de desafío.

La señora Roby la recibió con una sonrisa de disculpa. —Oh, en realidad no es difícil hasta cierto punto; aunque algunos de los afluentes son muy poco conocidos, y es casi imposible llegar a la fuente.

—¿Lo ha intentado alguna vez? —preguntó la señora Plinth, aún desconfiando de la exhaustividad de la señora Roby.

La señora Roby guardó silencio un momento; luego respondió con los párpados bajos: —No..., pero lo intentó un amigo mío; un hombre muy brillante; y me dijo que era mejor que las mujeres... no lo hicieran.

Un escalofrío recorrió la sala. La señora Leveret tosió para que la doncella, que pasaba los cigarrillos, no oyera; el rostro de la señorita Van Vluyck adoptó una expresión de náusea, y la señora Plinth puso cara de estar pasando a alguien a quien no tenía ningún deseo de saludar. Pero el resultado más notable de las palabras de la señora Roby fue el efecto que produjeron en la distinguida invitada del Club del Almuerzo. Las impasibles facciones de Osric Dane se fundieron de repente en una expresión de la más cálida sim-

patía humana y, acercando su silla a la de la señora Roby, preguntó: —¿De verdad? ¿Y encontró usted que tenía razón?

La señora Ballinger, en quien el fastidio por la insólita prominencia de la señora Roby empezaba a desplazar la gratitud por el auxilio que le había prestado, no podía consentir que se le permitiera, por medios tan dudosos, monopolizar la atención de su invitada. Si Osric Dane no tenía suficiente amor propio para resentir la ligereza de la señora Roby, al menos el Club del Almuerzo lo haría en la persona de su presidenta.

La señora Ballinger posó la mano en el brazo de la señora Roby. —No debemos olvidar —dijo con una frialdad amable— que, por muy absorbente que sea el Xingú para nosotras, puede resultar menos interesante para...

—Oh, no, al contrario, se lo aseguro —intervino con energía Osric Dane.

— ... para otras personas —terminó con firmeza la señora Ballinger— ; y no debemos permitir que nuestra pequeña reunión llegue a su fin sin persuadir a Mrs. Dane de que nos diga unas palabras sobre un tema que, hoy, está más presente que nunca en todos nuestros pensamientos. Me refiero, naturalmente, a Las alas de la muerte .

Las demás socias, animadas por distintos grados del mismo sentimiento y alentadas por el semblante humanizado de su temible invitada, repitieron a coro tras la señora Ballinger: —Oh, sí, de verdad tiene que hablarnos un poco de su libro.

La expresión de Osric Dane se volvió tan aburrida, aunque no tan altiva, como cuando su obra había sido mencionada antes. Pero antes de que pudiera responder a la petición de la señora Ballinger, la señora Roby se había levantado de su asiento y se estaba bajando el velo sobre la nariz frívola.

—Lo siento mucho —dijo, acercándose a su anfitriona con la mano tendida— , pero antes de que Mrs. Dane empiece creo que será mejor que me escape. Por desgracia, como saben, no he leído sus libros, así que estaría en una posición muy desventajosa entre ustedes, y además tengo una partida de bridge.

Si la señora Roby se hubiera limitado a alegar su ignorancia de las obras de Osric Dane como motivo para retirarse, el Club del Almuerzo, en vista de su reciente hazaña, podría haber apreciado esa muestra de discreción;

pero unir esa excusa con el anuncio descarado de que renunciaba al privilegio para ir a una partida de bridge no era más que una nueva prueba de su deplorable falta de criterio.

Las damas estaban dispuestas, sin embargo, a considerar que su partida —una vez cumplido el único servicio que probablemente estaría en condiciones de prestarles— propiciaría probablemente mayor orden y dignidad en el debate inminente, además de liberarlas de esa sensación de inseguridad que la presencia de la señora Roby producía siempre de forma misteriosa. La señora Ballinger se limitó, por tanto, a una formal expresión de lástima, y las demás socias se estaban acomodando alrededor de Osric Dane cuando esta, para consternación de todas, se levantó de un salto del sofá en que había sido deferentemente entronizada.

—¡Oh, espere, espéreme, que voy con usted! —le gritó a la señora Roby; y apoderándose de las manos de las desconcertadas socias, les administró una serie de apretones de despedida con la rapidez mecánica de un revisor de tren picando billetes.

—Lo siento mucho, se me había olvidado del todo... —les lanzó desde el umbral; y al reunirse con la señora Roby, que se había vuelto sorprendida ante su llamada, las demás damas tuvieron la mortificación de oírla decir, en una voz que no se molestó en bajar: —Si me permite acompañarla un trecho, me gustaría tanto hacerle unas cuantas preguntas más sobre el Xingú...

III

El incidente había sido tan rápido que la puerta se cerró sobre la pareja que se alejaba antes de que las demás socias hubieran tenido tiempo de comprender lo que había pasado. Entonces la sensación de la afrenta que les

había infligido el descortés abandono de Osric Dane empezó a competir con la confusa sensación de haber sido despojadas de lo que les correspondía sin saber exactamente cómo ni por qué.

Se produjo un silencio embarazoso durante el cual la señora Ballinger, con mano mecánica, reordenó la literatura hábilmente dispuesta a la que su distinguida invitada no había dedicado ni una mirada; luego la señorita Van Vluyck pronunció con sequedad: —Bueno, no puedo decir que la marcha de Osric Dane me parezca una gran pérdida.

Esta confesión cristalizó el resentimiento fluido de las demás socias, y la señora Leveret exclamó: —¡Creo que ha venido aposta para ser desagradable!

La opinión íntima de la señora Plinth era que la actitud de Osric Dane hacia el Club del Almuerzo podría haber sido muy distinta si este la hubiera recibido en el majestuoso marco de los salones Plinth; pero como no quería reflexionar sobre las deficiencias del establecimiento de la señora Ballinger, buscó una satisfacción indirecta desacreditando su *savoir faire*.

—Dije desde el principio que deberíamos tener un tema preparado. Es lo que pasa siempre cuando se va sin preparación. Si al menos nos hubiéramos puesto al día con el Xingú...

La lentitud de los procesos mentales de la señora Plinth era algo que el club siempre tenía en cuenta; pero esta muestra de ella era demasiado para la ecuanimidad de la señora Ballinger.

—¡El Xingú! — se mofó—. Precisamente el hecho de que nosotras supiéramos mucho más sobre el tema que ella —aunque sin preparación— es lo que puso tan furiosa a Osric Dane. Creía que eso estaba claro para todo el mundo.

Esta réplica impresionó incluso a la señora Plinth, y Laura Glyde, movida por un impulso de generosidad, dijo: —Sí, realmente deberíamos estarle agradecidas a la señora Roby por haber introducido el tema. Puede que haya puesto furiosa a Osric Dane, pero al menos la ha vuelto cortés.

—Me alegra que hayamos podido demostrarle —añadió la señorita Van Vluyck— que una cultura amplia y al día no está confinada a los grandes centros intelectuales.

Esto incrementó la satisfacción de las demás socias, y comenzaron a olvidar su cólera contra Osric Dane en el placer de haber contribuido a su derrota.

La señorita Van Vluyck se frotó los lentes pensativa. —Lo que más me sorprendió —continuó— fue que Fanny Roby estuviera tan al tanto del Xingú.

Esta franca admisión lanzó un ligero frío sobre la reunión, pero la señora Ballinger dijo con aire de irónica indulgencia: —La señora Roby siempre tiene el don de sacar mucho de poco; con todo, ciertamente le debemos algo por haber tenido la ocurrencia de recordar que había oído hablar del Xingú. —Y las demás socias consideraron que esto era una manera elegante de cancelar de una vez por todas la deuda del club con la señora Roby.

Incluso la señora Leveret cobró ánimos para lanzar un tímido dardo de ironía: —¡Me figuro que Osric Dane no esperaba recibir una lección sobre el Xingú en Hillbridge!

La señora Ballinger sonrió. —Cuando me preguntó a qué representábamos..., ¿recuerdan? Ojalá hubiera contestado sencillamente que representábamos el Xingú.

Todas las damas rieron con aprecio ante este comentario, excepto la señora Plinth, que dijo tras un momento de deliberación: —No estoy segura de que hubiera sido prudente.

La señora Ballinger, que ya estaba empezando a sentir como si hubiera lanzado a Osric Dane la réplica que acababa de ocurrírsele, miró con ironía a la señora Plinth. —¿Me permite preguntar por qué? —inquirió.

La señora Plinth puso cara grave. —Creía —dijo— haber entendido por la propia señora Roby que era un tema en el que era mejor no profundizar demasiado.

La señorita Van Vluyck replicó con precisión: —Creo que eso se aplicaba solo a la investigación del origen del..., del... —y de repente descubrió que su memoria, habitualmente fiel, le fallaba—. Es una parte del tema que yo nunca he estudiado por mi cuenta —concluyó con poco lustre.

—Ni yo —dijo la señora Ballinger.

Laura Glyde se inclinó hacia ellas con los ojos muy abiertos. —Y sin embargo es, ¿no les parece?, la parte más cargada de una fascinación esotérica.

—No sé en qué basa usted eso —dijo la señorita Van Vluyck con tono argumentativo.

—Bueno, ¿no se fijaron en el intenso interés que mostró de repente Osric Dane en cuanto oyó lo que aquel brillante extranjero —era extranjero, ¿verdad?— le había contado a la señora Roby sobre el origen..., el origen del rito, o como quiera llamarse?

La señora Plinth puso cara de desaprobación, y la señora Ballinger vaciló visiblemente. Luego dijo en tono resuelto: —Puede que no sea conveniente tocar ese aspecto del asunto en una conversación general; pero, dada la importancia que evidentemente tiene para una mujer de la distinción de Osric Dane, siento que no deberíamos tener reparos en debatirlo entre nosotras, sin guantes, aunque con las puertas cerradas si es preciso.

—Estoy completamente de acuerdo —se apresuró a apoyarla la señorita Van Vluyck—; a condición, eso sí, de que se evite toda grosería de lenguaje.

—Oh, estoy segura de que nos entenderemos sin necesidad de eso —rió tontamente la señora Leveret; y Laura Glyde añadió con aire significativo: —Creo que somos capaces de leer entre líneas —mientras la señora Ballinger se levantaba a asegurarse de que las puertas estaban bien cerradas.

La señora Plinth no había dado aún su adhesión. —No acabo de ver —empezó— qué beneficio puede derivarse de investigar costumbres tan peculiares...

Pero la paciencia de la señora Ballinger había llegado al límite extremo de tensión. —Al menos esto —respondió—: que no volveremos a vernos en la humillante situación de encontrarnos menos al corriente de nuestros propios temas que Fanny Roby.

Incluso para la señora Plinth este argumento era concluyente. Escrutó furtivamente la sala y bajó el tono imperativo para preguntar: —¿Tiene usted un ejemplar?

—¿Un..., un ejemplar? —tartamudeó la señora Ballinger. Era consciente de que las demás socias la miraban con expectación y de que aquella re-

spuesta era insuficiente, así que la sostuvo preguntando a su vez: —¿Un ejemplar de qué?

Sus compañeras volvieron la mirada expectante hacia la señora Plinth, quien, a su vez, parecía menos segura de sí de lo habitual. —Pues de..., del libro —explicó.

—¿De qué libro? —soltó la señorita Van Vluyck, casi con la brusquedad de Osric Dane.

La señora Ballinger miró a Laura Clyde, cuyos ojos estaban fijos interrogativamente en la señora Leveret. El hecho de que se deferiera a ella era tan novedoso para esta que la llenó de una temeridad insensata. —¿Pues del Xingú, naturalmente! —exclamó.

Siguió un silencio profundo ante este reto directo a los recursos de la biblioteca de la señora Ballinger, y esta, tras echar una mirada nerviosa hacia los Libros del Día, respondió en voz dubitativa: —No es algo que a una le apetezca dejar por ahí.

—Desde luego que no —exclamó la señora Plinth.

—¿Es un libro, entonces? —dijo la señorita Van Vluyck.

Esto sumió de nuevo a la reunión en el desconcierto, y la señora Ballinger, con un suspiro impaciente, contestó: —Pues..., existe un libro..., naturalmente...

—Entonces, ¿por qué lo llamó la señorita Glyde una religión?

Laura Glyde se levantó de un salto. —¿Una religión? ¡Yo nunca...!

—Sí que lo dijo —insistió la señorita Van Vluyck—; habló de ritos; y la señora Plinth dijo que era una costumbre.

La señorita Glyde estaba haciendo visiblemente un esfuerzo desesperado por reforzar su afirmación; pero la precisión en los detalles no era su punto fuerte. Por fin comenzó en voz grave: —Seguramente hacían algo por el estilo en los misterios eleusinos...

—Oh —dijo la señorita Van Vluyck, al borde de la reprobación; y la señora Plinth protestó: —¿Creía que habíamos quedado en que no habría indecencias!

La señora Ballinger no pudo contener su irritación. —La verdad es que es demasiado que no podamos hablar del asunto tranquilamente entre nosotras. Personalmente, creo que si una se adentra en el Xingú...

—¡Oh, yo también! —exclamó la señorita Glyde.

—...y no veo cómo puede evitarse si se quiere estar al tanto del Pensamiento del Día...

La señora Leveret lanzó una exclamación de alivio. —¡Ahí, eso es! —intercaló.

—¿Qué es eso? —la cortó la presidenta.

—Pues..., que es un..., un Pensamiento: quiero decir, una filosofía.

Esto pareció aportar cierto alivio a la señora Ballinger y Laura Glyde, pero la señorita Van Vluyck dijo dogmáticamente: —Perdonen que les diga que se equivocan todas. El Xingú resulta ser un idioma.

—¿Un idioma! —exclamó el Club del Almuerzo.

—Exactamente. ¿No recuerdan que Fanny Roby dijo que tenía varios afluentes y que algunos eran difíciles de rastrear? ¿A qué podría aplicarse eso sino a dialectos?

La señora Ballinger ya no pudo reprimir una carcajada de desprecio. —La verdad es que si el Club del Almuerzo ha llegado al punto de tener que acudir a Fanny Roby para que le instruya sobre un tema como el Xingú, quizá le conviniera dejar de existir.

—En el fondo es culpa suya por no ser más clara —apuntó Laura Glyde.

—Oh, claridad y Fanny Roby... —se encogió de hombros la señora Ballinger—. Apostaría a que estaba equivocada en casi todo.

—¿Por qué no lo buscamos? —dijo la señora Plinth.

Normalmente esta sugerencia recurrente de la señora Plinth se ignoraba en el calor del debate, y solo se recurría a ella después, en la intimidad del hogar de cada socia. Pero en aquella ocasión el deseo de atribuir su propia confusión mental a la naturaleza vaga y contradictoria de las declaraciones de la señora Roby llevó a las socias del Club del Almuerzo a pedir al unísono un libro de consulta.

En ese momento, la presentación de su valioso volumen le otorgó a la señora Leveret, por un instante, la inhabitual experiencia de ocupar el primer plano; pero no pudo sostenerlo mucho tiempo, porque en Alusiones apropiadas no había ninguna mención al Xingú.

—¡Oh, no es eso lo que necesitamos! —exclamó la señorita Van Vluyck. Lanzó una mirada desdeñosa al surtido de libros de la señora Ballinger y añadió con impaciencia: —¿No tiene usted ningún libro de consulta?

—Claro que sí —respondió la señora Ballinger ofendida—; pero los tengo en el tocador de mi marido.

De aquella región, tras alguna dificultad y demora, la doncella sacó el volumen X-Z de una enciclopedia y, en deferencia al hecho de que la petición había venido de la señorita Van Vluyck, colocó el pesado tomo ante ella.

Hubo un momento de angustiosa suspense mientras la señorita Van Vluyck se frotaba los lentes, se los ajustaba y pasaba a la Z; y un murmullo de sorpresa cuando dijo: —No está aquí.

—Supongo —dijo la señora Plinth— que no es digno de figurar en un libro de consulta.

—¡Qué disparate! —exclamó la señora Ballinger—. Busque en la X.

La señorita Van Vluyck fue pasando páginas hacia atrás, escrutando con vista corta arriba y abajo, hasta que se detuvo y quedó inmóvil como un perro que marca la pieza.

—Bueno, ¿lo ha encontrado? —preguntó la señora Ballinger al cabo de un buen rato.

—Sí. Lo he encontrado —dijo la señorita Van Vluyck con una voz extraña.

La señora Plinth se apresuró a intervenir: —Le ruego que no lo lea en voz alta si hay algo ofensivo.

La señorita Van Vluyck, sin responder, continuó su escrutinio en silencio.

—Pero ¿qué es? —exclamó Laura Clyde con excitación.

— ¡Cuéntenoslo! — instó la señora Leveret, imaginando que tendría algo terrible que contarle a su hermana.

La señorita Van Vluyck apartó el volumen y se volvió despacio hacia el grupo expectante.

— Es un río.

— ¿Un río?

— Sí: en Brasil. ¿No es allí donde ha estado viviendo?

— ¿Quién? ¿Fanny Roby? Oh, pero tiene que estar equivocada. Ha buscado en el artículo equivocado — exclamó la señora Ballinger, inclinándose sobre ella para apoderarse del volumen.

— Es el único Xingú que hay en la enciclopedia; y ella ha estado viviendo en Brasil — insistió la señorita Van Vluyck.

— Sí: su hermano tiene un consulado allá — se apresuró a intercalar la señora Leveret.

— ¡Pero si es ridículo! Yo..., nosotras..., si todas recordamos haber estudiado el Xingú el año pasado o el anterior — balbució la señora Ballinger.

— Yo lo creí cuando usted lo dijo — confesó Laura Clyde.

— ¿Yo lo dije?

— Sí. Dijo que había eclipsado todo lo demás de su mente.

— Bueno, ¡usted dijo que le había cambiado la vida entera!

— La señorita Van Vluyck dijo que nunca había escatimado el tiempo que le había dedicado.

La señora Plinth intervino: — Yo dejé bien claro que no sabía nada en absoluto del original.

La señora Ballinger cortó la discusión con un gemido. — Oh, ¿qué importa todo eso si nos ha estado tomando el pelo? Creo que la señorita Van Vluyck tiene razón: ¡estaba hablando del río todo el tiempo!

— ¿Cómo pudo? Es demasiado absurdo — exclamó la señorita Clyde.

— Escuchen. — La señorita Van Vluyck se había vuelto a apoderar de la enciclopedia y restituido los lentes a una nariz enrojecida por la emoción —.

«El Xingú, uno de los principales ríos del Brasil, nace en la meseta de Mato Grosso y fluye en dirección norte a lo largo de no menos de mil ciento dieciocho millas, desembocando en el Amazonas cerca de la desembocadura de este río. El curso superior del Xingú es aurífero y está alimentado por numerosos afluentes. Su fuente fue descubierta por primera vez en 1884 por el explorador alemán von den Steinen, tras una expedición difícil y peligrosa a través de una región habitada por tribus que se encontraban aún en la Edad de Piedra de la cultura.»

Las damas recibieron esta comunicación en un estado de estupefacto silencio del que la señora Leveret fue la primera en recuperarse. —Desde luego que habló de que tenía afluentes.

La palabra pareció cortar el último hilo de su incredulidad. —Y de su gran longitud —exclamó la señora Ballinger.

—Dijo que era tremendamente profundo y que no podías saltarte nada..., que simplemente había que vadear —añadió la señorita Glyde.

La idea tardó más en abrirse paso por las compactas resistencias de la señora Plinth. —¿Cómo podía haber algo impropio en un río? —inquirió.

—¿Impropio?

—Bueno, lo que dijo de la fuente..., que era corrupta.

—No corrupta, sino difícil de alcanzar —corrigió Laura Glyde—. Alguien que había estado allí se lo había dicho. Apuesto a que era el propio explorador: ¿no dice que la expedición era peligrosa?

—Difícil y peligrosa —leyó la señorita Van Vluyck.

La señora Ballinger se apretó las sienes palpitantes con las manos. —No hay nada de lo que ella dijo que no pudiera aplicarse a un río, ¡a este río! —Se volvió excitada hacia las demás socias—. ¿Recuerdan que nos contó que no había leído El instante supremo porque se lo había llevado a una excursión en barca cuando estaba con su hermano, y alguien lo había tirado por la borda de un «lanzazo»? «Lanzazo» era, por supuesto, su propia expresión.

Las damas señalaron con la respiración contenida que la expresión no se les había escapado.

—Bueno..., ¿y no le dijo después a Osric Dane que uno de sus libros estaba sencillamente impregnado del Xingú? ¡Claro que sí, si algunos de los ruidosos amigos de la señora Roby lo habían tirado al río!

Esta sorprendente reconstrucción de la escena en que acababan de participar dejó a las socias del Club del Almuerzo sin palabras. Por fin la señora Plinth, tras visibles esfuerzos con el problema, dijo con tono grave: —Osric Dane también fue engañada.

La señora Leveret cobró valor ante esto. —Quizá fue por eso por lo que lo hizo la señora Roby. Dijo que Osric Dane era una bruta y puede que haya querido darle una lección.

La señorita Van Vluyck frunció el entrecejo. —Difícilmente valía la pena hacerlo a nuestra costa.

—Al menos —dijo la señorita Glyde con cierto amargor— consiguió interesarla, que era más de lo que nosotras habíamos logrado.

—¿Qué oportunidad tuvimos? —replicó la señora Ballinger—. La señora Roby la monopolizó desde el principio. Y eso, no me cabe duda, era su intención: dar a Osric Dane una impresión falsa de su propia posición en el club. No vacilaría ante nada para llamar la atención: todas sabemos cómo se las apañó con el pobre profesor Foreland.

—Le hace dar té de bridge todos los jueves —farfulló la señora Leveret.

Laura Glyde juntó las manos. —¡Pero si hoy es jueves, y claro que se ha ido allí; y se ha llevado a Osric Dane!

—Y en este momento están riéndose de nosotras —dijo la señora Ballinger entre dientes.

Esta posibilidad parecía demasiado absurda para ser admitida. —Difícilmente se atrevería —dijo la señorita Van Vluyck— a confesar el engaño a Osric Dane.

—No estoy tan segura: me pareció verle hacer una seña al irse. Si no le hubiera hecho una seña, ¿por qué habría salido Osric Dane corriendo tras ella?

—Bueno, ya saben que todas le habíamos estado diciendo lo maravilloso que era el Xingú, y que ella dijo que quería averiguar más cosas sobre el

tema —dijo la señora Leveret, con un tardío impulso de justicia hacia la ausente.

Este recordatorio, lejos de mitigar la cólera de las demás socias, le dio un impulso más fuerte.

—Sí..., y eso es exactamente de lo que las dos se están riendo ahora —dijo Laura Glyde con ironía.

La señora Plinth se puso en pie y reunió las pieles costosas en torno a su forma monumental. —No tengo deseo de criticar —dijo—; pero a menos que el Club del Almuerzo pueda proteger a sus socias contra la repetición de semejantes... semejantes escenas indecorosas, yo por mi parte...

—¡Oh, yo también! —convino la señorita Glyde, levantándose también.

La señorita Van Vluyck cerró la enciclopedia y procedió a abrocharse la chaqueta. —Mi tiempo es realmente demasiado valioso... —comenzó.

—Creo que estamos todas de acuerdo —dijo la señora Ballinger, mirando con intención a la señora Leveret, que miró a las demás.

—Yo siempre deploro cualquier cosa que se parezca a un escándalo... —continuó la señora Plinth.

—¡Ella ha sido la causa de uno hoy! —exclamó la señorita Glyde.

La señora Leveret gimió: —¡No entiendo cómo ha podido! —y la señorita Van Vluyck dijo, recogiendo su libreta: —Hay mujeres que no se detienen ante nada.

—...pero si —retomó la señora Plinth su argumento con tono solemne— algo semejante hubiera ocurrido en mi casa (lo que nunca habría pasado, daba a entender su tono), habría considerado que me debía a mí misma o bien pedir la dimisión de la señora Roby, o bien ofrecer la mía.

—¡Oh, Mrs. Plinth...! —exclamó el Club del Almuerzo.

—Afortunadamente para mí —continuó la señora Plinth con una magnanimidad imponente—, el asunto me fue arrebatado de las manos por la decisión de nuestra presidenta de que el derecho a agasajar a las invitadas distinguidas era un privilegio vinculado a su cargo; y creo que las demás socias estarán de acuerdo en que, como era la única de esa opinión, debería

ser la única en decidir la mejor manera de borrar sus... en verdad deplorables consecuencias.

Siguió un profundo silencio tras este inesperado estallido del resentimiento largamente acumulado de la señora Plinth.

—No veo por qué se espera que yo le pida que dimita... —empezó la señora Ballinger por fin; pero Laura Glyde se volvió para recordarle: —Usted sabe que le hizo decir que le había ido de maravilla con el Xingú.

Una risita inoportuna escapó de la señora Leveret, y la señora Ballinger continuó con energía: —...pero no crea que tengo miedo de hacerlo.

La puerta del salón se cerró tras los dorsos de las socias al retirarse, y la presidenta de aquella distinguida asociación, sentándose ante su escritorio y apartando un ejemplar de *Las alas de la muerte* para hacer sitio al codo, sacó una hoja del papel de carta del club, en la que empezó a escribir: Querida Mrs. Roby...

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB